

más nuestra, es decir, totalmente española. Las otras fotos, por ejemplo, las de la boda, nos colocan ante una Fabiola, Reina de los belgas. Y aunque esto sea de celebrar y lo festejamos, ciertamente, con gran alegría, pues es motivo excepcional, nosotros estimamos que antes que nada debemos resaltar este españolismo suyo tan peculiar y que de un modo tan claro queda reflejado en las fotos publicadas. Es Fabiola, como buena española, de la Santísima Virgen, y en su fervor Mariáfilo más de una vez, allá, cuando se encuentre en su nueva patria, ante la imagen de la Virgen del Pilar donada por la ciudad de

Zaragoza, pedirá que la apoye en la difícil y alta misión que la compete cumplir. Y allí también ha de recordar con añoranza, tal vez con la misma que nosotros la hemos visto partir, la alegre piñata de nuestra forma de ser. Esa alegría que ella dibuja con su dulce sonrisa entre vuelos de capa y sonos de estudiantina.

A. G. W.

Fotos Leal, cedidas gentilmente por la «Actualidad Española».



DISQUISICIONES SOBRE EL ANALFABETISMO

Por LUIS LOPEZ DE CASTRO

II

Si por la existencia de una ley divina y biológica toda generación presente, formada por el acervo de los progresos de las pretéritas, tiene la sagrada misión de superarse, de crecer, de proyectarse hacia el futuro para abrir fecundos caminos a la que le precede, son imperdonables, digo, aquellos gobiernos que dejan fosilizarse a un país, hundirse en el polvo de la nada por no cumplir con esos deberes que han de ser el principio básico del bienestar de los pueblos. Uno de estos deberes, acaso el de más importancia, después del de justicia, fuente de la moral cristiana, es la enseñanza o cultura, porque ella es el índice de la riqueza de una nación; el título de mayor rentabilidad, cual lo vemos en los pueblos de elevada cultura, tales como Alemania, Estados Unidos, los Países Nórdicos, Bélgica, etc., etc.

Todo país que tiene una cultura media muy baja, le podemos comparar a un organismo vivo, cuyas glándulas internas están afectadas, por un fuerte estado patológico, el cual entorpece las funciones vitales de sus órganos, dándole un tono de vida miserable, una tara deficitaria que, al tratarse del hombre, le incapacita para cumplir la misión social y sagrada del trabajo, ya sea manual o intelectual. Al fin y al cabo, como nos dice Hegel en su *Filosofía de la Historia*, «los pueblos, como formas espirituales son también seres naturales en cierto sentido».

¿Qué esencias de razón, de justicia y progreso había en aquellas palabras del gran Costa, cuando desde los escaños del Congreso de Diputados pedía escuelas y pan para el pueblo! Y no podemos silenciar a Maura, al político probo de altos pensamientos, prisionero, más que de los partidos, de un sistema político estéril y de zancadilla, cuando hacía observar a los padres de la Patria que era una necesidad acuciante llevar a todas las clases sociales la cultura, porque de nada sirve que tengan muchos museos y bibliotecas si no están a su alcance los medios para la comprensión.

Por eso en mi anterior artículo hacía resaltar con levísima pincelada la ingente labor cultural que viene haciendo nuestro Caudillo, intensificando la instrucción primaria, secundaria, superior y técnica, a la par que desarrolla una política económica que eleva considerablemente la renta de la nación, al mismo tiempo que el nivel de vida.

Sobre todo, en lo que se refiere al analfabetismo, se ha dado avance extraordinario con el decrecimiento de un 75 por 100 en aquellas provincias que estaban más afectadas de esa lepra, y es altamente consolador contemplar en la última estadística el pequeño porcentaje de 1,50, 2, 3, 4 y 5 por 100 en las Vascongadas, Asturias, Castilla, Orense, Logroño y algunas más. Las elevadas cifras del 20 al 29 por 100, como máximo, que acusa Jaén, corresponden a Toledo, Cuenca, Murcia, Albacete, Huesca, Ciudad Real, Canarias, Extremadura y Andalucía. Pero es de esperar, sin temor a equivocarnos, que con las 5.000 escuelas que piensa crear el Gobierno este año; las de carácter religioso, particulares y de grandes empresas; la cooperación del Ejército, y los métodos modernos de enseñanza, para el año 1975 al 1980, el analfabetismo en España se habrá extinguido por completo.

Desde mi juventud he sentido singular interés por el analfabeto, sobre todo cuando descubría en él cierto talento natural que Dios pone a veces en su mente, pero que la sociedad le condena a injustificado destierro espiritual. No puedo remediar la dolorosa sensación que me produce ese iletrado, tal vez porque el que escribe estas líneas —como otros miles de niños españoles de corta edad son dedicados al pastoreo o faenas del campo en las aldeas—, apenas cumplidos los diez años y sin casi saber leer y escribir, tuve que dejar desconsoladamente el dominio de los padres para hundirme en el tráfigo de la vida, al amparo del Todopoderoso y de angelical señora que se interesó por mi enseñanza en escuelas nocturnas, donde ejercí la inteligencia y el músculo.

El triste concepto que tengo del analfabeto lo expresé en una charla que di en mi Regimiento sobre el Libro, el día de la Fiesta de éste, instituida por el General Primo de Rivera en su Dictadura, y me voy a permitir copiar en el presente artículo los párrafos más salientes de aquélla.

Después que hube de exponer «grosso-modo» la evolución del hombre sobre la Tierra, dotado por Dios de facultades instintivas y superiores, y de hacer una sucinta historia del libro desde sus remotos orígenes hasta nuestros días, decía lo siguiente:

«Si el libro, como acabamos de ver, es el principal factor del progreso, pasto del alma y delicia del espíritu, cual nos dice Gracián; si él gobierna al mundo, como asevera un pensador contemporáneo, señalando la *Biblia*, el *Corán*, los *Vedas*, los escritos de Confucio y Zoroastro, etc, etc.; si él nos ha de conducir, como sabio mentor, a las riberas de la felicidad; si ha de hacer que surja del caos de nuestras pasiones la aurora de justicia que anhela el hombre, encadenando al salvaje que llevamos en nuestro corazón; ¿qué profunda tristeza se apodera de mi espíritu cuando me enfrento con un analfabeto!; ¿cuán amargas reflexiones acuden a mi mente! En nuestro Regimiento, gracias a la escuela del mismo, no existe hoy ninguno; consiguientemente, puedo hablar con la seguridad de que no me oyen aquéllos, porque los que lo fueron y, por fortuna, dejaron de serlo, comprenderán mejor que los demás camaradas las consideraciones que voy a exponer.

«El analfabeto, señores, es un cuerpo extraño, una monstruosa proliferación en el organismo social que le afea considerablemente, y es de absoluta necesidad extirparla, cuanto antes mejor, con la urgencia que debe extirparse un tumor maligno.

«Este ser medio acéfalo, semirresponsable por la oscuridad de su inteligencia, no puede cumplir bien sus deberes divinos y de ciudad-

anía, y constantemente se mueve en un mundo ficticio, engañoso, ajeno a la realidad.

«Además, por la idea que tengo del analfabeto, creo que no puede llenar el ambiente familiar de su hogar con esos perfumes delicados que han de ser la base de éste y la clave o piedra angular de la Patria. ¿Me anonada el considerar la educación que habría de recibir su prole, apenas nacida, ya desgraciada! Para él, puede asegurarse que no hay más mundo que la tierra que pisa o el estrecho horizonte que alcanza con su vista; en tanto que el hombre instruido, no sólo juzga de las cosas con prudencia, sino que tiene un buen sentido o exacto conocimiento de ellas, y se mueve en un mundo infinito: todo lo abarca y lo esclarece con su poderosa inteligencia. La cultura, evidentemente, centuplica en el hombre los medios de vida, abriéndole amplísimos horizontes; aumenta su capacidad intuitiva; nos proporciona múltiples placeres espirituales y materiales; nos hace más humanos, y por ella nos granjeamos el respeto y el aprecio de los ajenos.

«Mucho, ¡ay!, me destroza el alma contemplar a un ser humano privado de la vista, con su deambulación vacilante, su cabeza levantada, con mirada inexpresiva dirigida al cielo, como si quisiera ver en ese espacio insondable lo que no puede contemplar en la Tierra; pero no me es menos doloroso el atisbo de un analfabeto que por la incuria y abandono de sus padres y a una ley obligatoria sobre instrucción primaria, anda su espíritu sumido en la ceguera más espantosa; porque si es cierto que el primero no puede deleitarse con las sublimes bellezas y armonías infinitas que el divino pintor de la Creación le plugo derramar en la madre Naturaleza, al segundo, tan infortunado como aquél, por no decir mucho más, le está cubierto con cien mil velos el mundo sublime de las ideas, que es la verdadera luz, el verdadero reflejo de Dios. ¿Muy angustioso es, en verdad, que nuestra desorganizada retina no reaccione a la acción de los hilillos dorados del sol; pero es más terrible, más desconsolador que nuestro espíritu lo tengamos hundido en la región de las tinieblas.

«En nuestro país, que desgraciadamente tiene un número formidable de analfabetos, me aterra pensar el número tan considerable de energías que pierde con tal motivo. Porque habéis de saber que esa enorme masa de analfabetos es una tierra sin cultivar; una rica mina o cantera sin explotar, o también como un río caudaloso que va discurriendo por tierras esteparias calcinadas por el sol, y por un criminal abandono de los hombres deja que vierta sus aguas en el mar, sin haberlas utilizado en la fertilización de esos sedientos campos, con el fin de recoger óptimos frutos. Mas os quiero hacer paternal advertencia: no considero analfabetos solamente a aquellas personas que no saben leer y escribir, sino que, en un sentido más lato, lo son también aquellos que están caracterizados por una condenable distracción y apatía, y aunque leen poco, se enteran menos de lo que leen, porque no hacen cosa mayor: resbalan la vista por las páginas del libro, como el analfabeto resbala la suya por el limpio cielo tachonado de parpadeantes estrellas en serena noche, sin comprender la grandiosidad del firmamento. Tengo la certeza que entre los que me estáis escuchando no hay ninguno de estos distraídos; pero qué número tan considerable existen por doquier! El índice de la cultura de estos semianalfabetos, que no leen, y cuando lo hacen es de Pascuas a Ramos, sin ninguna fijeza, puede considerarseles cual si lo fuesen, aunque escuchándoles con toda la posible indulgencia cristiana, habremos de perdonarles la osadía de creer que todo lo saben.

«El leer por leer, sin fruición, sin reconcentrarse en sí mismo, sin ánimo de aprender y corregirse, es prácticamente igual que si quisieramos ver los cuadros del museo montados en una bicicleta en marcha; es perder el tiempo.

«Si ya de por sí la palabra escrita no nos conmueve ni nos satura tanto el espíritu, no cala tan hondo como la hablada, porque le falta aquella expresibilidad que le da el orador con las inflexiones de su voz, los gestos y la mímica, ¿cómo es posible que el distraído penetre dentro de la lectura y saboree la exquisitez de sus miedos, en el supuesto de que lo que leyere fueran libros selectos?

«El divino Platón, en su República, nos hace una imagen muy exacta y dantesca del ignorante, comparándole a unos hombres que desde su nacimiento estuviesen colocados en el fondo de una caverna, de espaldas a la luz, sujetos por fuertes ligaduras, de forma que no pudieran moderarse, y que de esta guisa tuvieran solamente conocimiento de los seres del mundo por las sombras que proyectaran con la luz en el fondo de dicha caverna. No se puede pintar más magistralmente la imagen del hombre, analfabeto y semianalfabeto, con relación al mundo físico y de las ideas.»

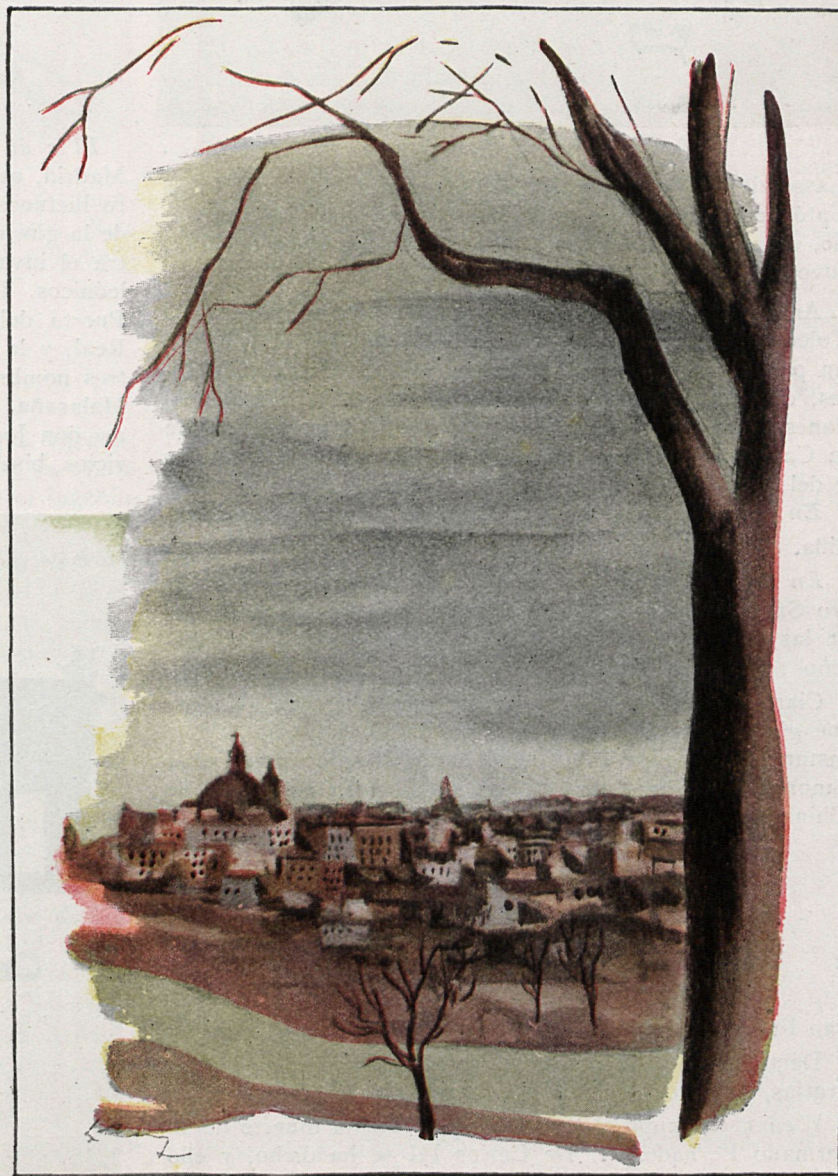
FECHAS MADRILEÑAS

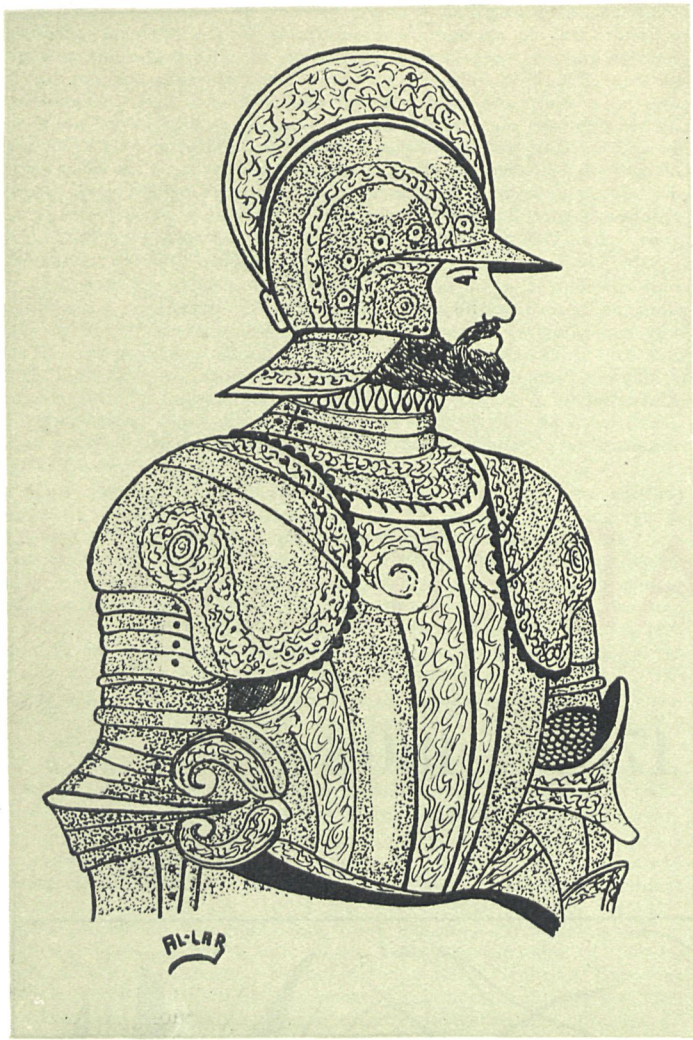
1560 — 1622 — 1759 — 1808

YO no sé si asegurar que Madrid es una ciudad privilegiada por la protección de los hombres, o debe al Destino la situación que Dios le ha deparado. Creo en ambas cosas; mitad y mitad, como el café con leche de los bohemios de principios de este siglo.

En 1560, Felipe II, buscando mejor clima, abandona Valladolid y se traslada a Madrid, no por razones políticas, sino simplemente climatológicas, pues el aire matritense, seco y frío; las aguas finas del Lozoya y el panorama que le subyuga del Guadarrama, con la crestería azul de la Carpetovetónica, favorecen a su salud bastante quebrantada, porque aquel rey de espíritu enérgico fué, en cuanto a su cuerpo, «bien para poco». Hizo de Madrid capital y Corte; cuna de su hijo Felipe III y de su nieto Felipe IV.

Cierto que ya en 1477 se establecieron en la casa solar de don Pedro





Lasso de la Vega, en la calle de Don Pedro, los Reyes Católicos, y a la muerte de Isabel, su viudo don Fernando, desposado en segundas nupcias con Germana de Foix, tuvo allí mismo su residencia.

Antes, el propio César, Carlos V, en su paso hacia Toledo, se detuvo largas temporadas en Madrid y habitó un palacio contiguo al Monasterio de las Descalzas Reales, con el que tenía comunicación por el Arco de Capellanes, derribado cuando se levantó el primer edificio de la Caja de Ahorros, fundación del Marqués de Ponteijos y del presbítero Piquer.

En 1520, Madrid, se hizo comunero con Juan de Padilla.

En 1622 tiene lugar la canonización de San Isidro, nuestro Santo Patrón, con unas espléndidas fiestas poéticas, en las que brilló el ingenio del más insigne de los madrileños: Lope de Vega.

Claro que, en lo religioso, este año de gracia de 1622 fué glorioso para España, pues el Papa Gregorio XV, a instancia de Felipe IV, con el Santo Patrono madrileño, canonizó a Ignacio de Loyola; al glorioso misionero de China, aquel Duque de Borja de:

*No más servir a señores
que en gusanos se convierten,*

San Francisco Javier, a Felipe de Neri y Teresa de Jesús.

De todos ellos se han ocupado ampliamente las hagiografías, mas no así de Felipe Neri.

Y en 1759 ocupó el trono Carlos III a la muerte de su hermano Fernando VI. De Carlos III se ha dicho, y ello es verdad, que le corresponde como a nadie el califica-

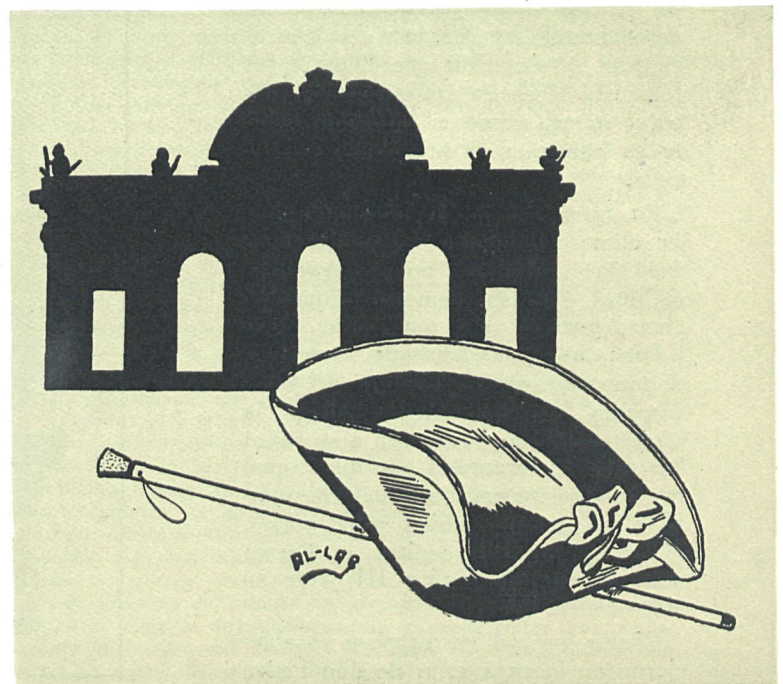
tivo del «mejor Alcalde de Madrid»; la escasa monumentalidad de la entonces Villa y Corte, a su iniciativa se debe. Díganlo la Aduana (actual Ministerio de Hacienda); la famosa Puerta de Alcalá, obra de Sabatini; el alumbrado público, que hasta entonces no tuvo Madrid y destruyó el populacho cuando el famoso motín de las capas, que le costó el destierro al ministro Squilache, más que por voluntad real, por la enemistad y el tesón del Marqués de la Ensenada.

Al reinado del Borbón cetrero, que consintió la expoliación de que fueron víctimas los jesuitas, se debe la primera edificación que había de completar más tarde José Bonaparte, del palacio que hoy alberga el universalmente célebre Museo del Prado, la mejor pinacoteca del mundo. También se construyó la iglesia de San Francisco, llamado el Grande, en el lugar donde estuvo el convento que habitara San Francisco, el del sayal pardo, el cual anduvo por los vericuetos de la colina de las Vistillas devolviendo la vista a no pocos invidentes, lo que ha dado a aquel lugar al mote de «Cuesta de los Ciegos», sita enfrente de la primera muralla matritense; luego, las galdosianas «Huertas de Pozacho», y la Ceca (o Fábrica de la Moneda), donde en el siglo XIX había de nacer Mariano José de Larra, «Fígaro».

Es obra suya, igualmente, el Jardín Botánico y estimuló a monarcas que le sucedieron a continuar el engrandecimiento de Madrid, villa que tan buenos alcaldes disfrutó y aquí mencionaré algunos: José Antonio de Armona, el Marqués de Ponteijos, el Conde de Romanones, Alberto Aguilera y el actual don José Finat, Conde de Mayalde.

* * *

El 2 de Mayo es una fecha cumbre en la historia de Madrid, que es la historia de España. En ese día, primero luctuoso, que iba más allende, a constituir el claro sol de la gloria de su independencia, el pueblo se levantó contra el invasor y exterminó allí a los «mamelucos» napoleónicos. Tres estancias tiene este poema gigantesco: la Puerta del Sol; la plaza de Oriente, frente al Palacio Real, y la plaza de Maravillas (hoy del Dos de Mayo), y tres nombres de héroes en su historia: Daoiz, Velarde y Malasaña. En el Parque de Montealeón cayó herido el alférez don José del Portillo, según consta en su hoja de servicios, bisabuelo del articulista que firma.





No he de acabar este trabajo sin traer a estas columnas los nombres de algunos madrileños famosos, lista muy constreñida y por cuyos inevitables olvidos pido anticipadamente perdón.

* * *

El siglo XV deja estos nombres: el obispo Vargas; don Pedro Lasso de la Vega; Beatriz Galindo, la «Latina», maestra que fué de la Reina Católica, y el ingenioso poeta don Juan Alvarez Gato.

Siglo XVII: Lope de Vega, Calderón, Tirso, Moreto, Quevedo, Villamediana; Reyes Felipe III y IV...

Siglo XVIII: Ramón de la Cruz, Leandro Fernández Moratín, Ramón de Mesonero Romanos, Fernández de los Ríos, Marqués de Ponteijos...

Siglo XIX: Ricardo de la Vega, Mariano y Luis Mariano de Larra, José Echegaray, Francisco Asenjo Barbieri, José López Silva, Federico Chueca, el Duque de Sesto.

Siglo XX: Jacinto Benavente, Gregorio Martínez Sierra, Pedro de Répide, Emilio Carrère, Agustín de Foxá, Enrique Jardiel Poncela, Enrique Chicote, Antonio Casero (p. e. d.), Angel Torres del Alamo, Eusebio de Gorbica (autor de una espléndida historia de Madrid titulada «Magerit»), Gregorio Marañón, Juan de la Cierva, Luis Araujo Costa, Conde de Romanones...

Guillermo Fernández Shaw, Luis Fernández Ardavin, Juan Ignacio Luca de Tena, Joaquín Dicenta (h.), Federico Carlos Sáinz de Robles, César González-Ruano, Ximénez de Sandoval, Francisco Casares, Tomás Borrás, Juan de Orduña, Antonio y José Ramos Martín, Antonio de Obregón, Marqués de la Valdavia, Ramón Gómez de la

Serna, Manuel Comba, Luis Escobar, Fernando Fernán-Gómez, Ramos de Castro, Pepe Alfayate, Manuel Gómez Bur, José Muñoz Román, Alfonso Paso, Agustín de Figueroa, Lepe, Heredia, Federico Moreno Torroba. Quiero incluir algún nombre femenino que nuestra escena hizo popular: Rita Luna, María Guerrero, Carmen Cobeña, Lola Bremon, Loreto Prado, Carmen Muñoz Gar, Luisa Esteso...

* * *

Sería prolijo un relato más amplio del sinnúmero de nombres famosos nacidos en la villa del Oso, pero se convertiría este breve artículo de Prensa en una copia del Registro Civil.

Faltan a la cita numerosos nombres famosos: de artistas, médicos, letrados, políticos, hombres de ciencia, incluso toreros, que por imperativos de espacio es imposible traer aquí.

Nacieron en Madrid personajes egregios: Isabel II, a quien Ramón del Valle Inclán llamó «la reina castiza», y que el buen pueblo madrileño, que es eminentemente monárquico, y sus razones no le faltan, amó por su buen corazón, perdonándole sus «alegrías». Madrileña, la Infanta Isabel, los Reyes Alfonso XII y Alfonso XIII; el monarca *en potencia* (que diría Vauverngues) don Juan de Borbón...

* * *

Terminaré este trabajo contando una anécdota del madrileñísimo rey don Alfonso XIII, cuyo conocimiento debo al oficial de alabarderos don Máximo Orrios:

En cierta reunión de alta sociedad, dos señoritas «nuevas ricas» habían pedido a la dueña de la casa, insistentemente, ser presentadas a Su Majestad.

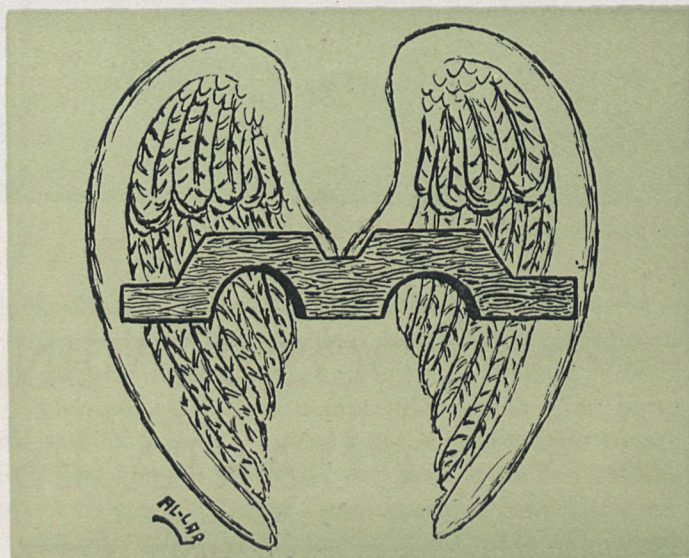
El Rey, que poseía la zumba característica del pueblo que le vió nacer, preguntóles:

—¿Y ustedes, dónde viven?

—En París, todo el año. En la orilla derecha del Sena —contestaron con evidente satisfacción.

—Pues yo —replicó don Alfonso— paso el año en la orilla izquierda del Manzanares.

EDUARDO M. DEL PORTILLO





VELA. PINTURA 1960.



DOS JOVENES MAESTROS DE LA
CUARTA ESCUELA DE MADRID:
VICENTE VELA Y ANTONIO SUAREZ